

HENRY DAVID THOREAU
(Concord, Massachusetts,
12 de julio de 1817 - 6 de mayo de 1862)



WALDEN

EDICIÓN 200 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE
HENRY DAVID THOREAU

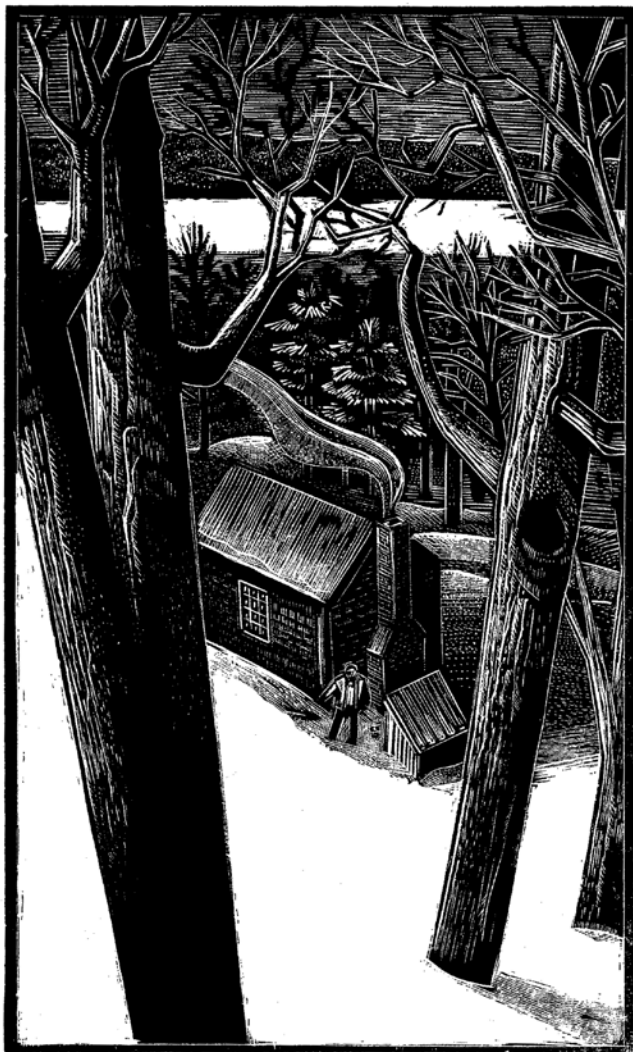
PRÓLOGO DE MICHEL ONFRAY

TRADUCCIÓN DE MARCOS NAVA GARCÍA

TRADUCCIÓN DEL PRÓLOGO DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae



Índice

<i>Una cabaña trascendental</i>	13
Michel Onfray	
Economía	25
Dónde vivía y para qué vivía	99
Leer	119
Sonidos	133
Soledad	153
Visitantes	165
El campo de judías	181
La ciudad	195
Las lagunas	205
La granja de Baker	231
Leyes superiores	241
Vecinos animales	255
Calentar la casa	271
Primeros habitantes y visitas invernales	289
Animales de invierno	305
La laguna en invierno	319
Primavera	335
Conclusión	355

Thoreau escribió esta frase, terrible y muy certera: «Hoy en día uno se encuentra con profesores de filosofía, no con filósofos». Desde que Deleuze desplegara las grandes alas de su magisterio filosofando sobre el panorama intelectual francés e hiciera del filósofo un creador de conceptos, o incluso de personajes conceptuales, el filósofo reconocido como tal se confunde a menudo, en la actualidad, con el inventor de los neologismos con los que juega; con el creador, pues, de glosolalias.

Pero es posible alejarse de esta forma tan universitaria de definir una disciplina que, cuando aún no había sido confiscada por los curas del cristianismo, los curas de la universidad, los curas del idealismo alemán, los curas de la «teoría francesa», suponía una oportunidad de emprender una conversión existencial con vistas a una ascesis visible en la vida filosófica consustancial a su experiencia.

Si el filósofo es un creador de conceptos, su ámbito de acción se limita a su despacho, su sabiduría se compone de un ensamblaje de fragmentos escogidos de entre los libros de su biblioteca, su vida se resume en cursos y seminarios que imparte desde su estrado y su existencia se confunde con lo que ha escrito.

Según esta definición, pues, el gran filósofo puede no salir nunca de su pueblo, como Kant, pero al mismo tiempo hablar al planeta entero; puede no observar jamás el mundo, como Heidegger, pero preocuparse de libros que cuentan el mundo y creer que todo lo que existe se resume en lo

que se ha contado sobre lo que existe; se puede disertar sobre ideas, como Sartre, y no haberse tomado nunca la molestia de levantar la nariz de las páginas del libro en curso. Estas formas de actuar llevan con frecuencia a decir tonterías e incluso a hacerlas...

Cuando escribió aquella frase, Thoreau estaba pensando probablemente en Emerson. Emerson, su amigo... Pero Thoreau, que era un hombre difícil, tenía un concepto difícil de la amistad. Cuando pronunció el elogio fúnebre de Thoreau, Emerson no dejó de señalar este rasgo de su carácter: «Había en su naturaleza algo de militar y de irreductible, siempre viril, siempre apto, pero rara vez tierno, como si no se sintiera bien más que en desacuerdo. Necesitaba alguna mentira que denunciar, alguna tontería que poner en la picota, un cierto aire de victoria, un redoble de tambor para desplegar plenamente sus facultades. Decir “no” no le costaba nada y le resultaba más fácil que decir “sí”. Su primer movimiento instintivo al oír una proposición era refutarla, tal era su impaciencia ante lo que limita habitualmente nuestros pensamientos. Esta costumbre implica, por supuesto, un enfriamiento de los afectos sociales y si bien, en última instancia, quienes lo conocían no lo acusaban de maldad ni de falta de sinceridad, había ahí algo que entorpecía la conversación. Tal franqueza disuadía de todo intercambio afectuoso». El propio Emerson dirá: «Tengo en mucha estima a Henry, pero pocas veces me resulta agradable; en cuanto a tomarlo de un brazo, preferiría asir el de un olmo». Maravilloso...

Durante los diez meses que Emerson pasó viajando por Europa, donde tuvo la oportunidad de visitar París y conocer a Carlyle en Inglaterra, Thoreau estuvo viviendo en su casa, cuidando de su jardín, ocupándose del bricolaje y de la intendencia. Escribía sin pudor a su amigo que se llevaba muy bien con su mujer y con su hijo y que, si se veía obligado a no volver jamás de su periplo europeo, él se ocuparía muy bien de todo aquello: familia, mujer, hijos, casa y jardín... ¡Llega incluso a añadir que su hijo le había preguntado si quería ser su padre! ¿Ese elogio fúnebre, tan poco elogioso y tan funesto, fue la última palabra de Emerson? Es posible... Emerson regresó de Europa y Thoreau se volvió a casa de sus padres.

El trascendentalismo de Emerson fue un movimiento filosófico estadounidense notable, al mismo tiempo que una moda (como el schopenhauerismo y el nietzscheismo en Francia). Sin embargo, la moda es lo peor

que puede sucederle a una filosofía, porque se desmenuza, se diluye y se metamorfosea en monstruos contruidos con fantasmas y proyecciones.

Para decirlo en pocas palabras, el trascendentalismo fue una filosofía cambiante, en movimiento, diversa y, a menudo, relativa a quien se apoderaba de ella. En 1836 se publicó un textito de Emerson titulado *Naturaleza* que actúa como manifiesto de esta sensibilidad filosófica. A él se añaden *Confianza en uno mismo* y *El intelectual americano*.

A partir de estos artículos, podríamos definir el trascendentalismo con siete tesis: Dios existe; el conocimiento se efectúa por intuición; la vida ha de llevarse lejos de las multitudes; la confianza en uno mismo es una virtud cardinal; el juicio del prójimo no cuenta, la contemplación de la naturaleza es proveedora de gozo; y hay que cambiarse a sí mismo en lugar de cambiar el orden del mundo.

El Dios de Emerson no se parece en nada al del judeocristianismo, celoso y vengativo, castigador y malvado; el filósofo regresa a aquel otro que no se encuentra agotado por la razón, el análisis y la ciencia: un alma del mundo, una Superalma que asegura al ser su ser y su permanencia. Dios es asimilable al espíritu del mundo, a la energía de la naturaleza, a la fuerza cósmica.

Desde ese momento, el conocimiento no debe ser una cuestión de deducción, de análisis y de razonamiento, sino de sentimiento, de sensación, de intuición, de simpatía, de empatía. Emerson subraya que la somnolencia, los sueños, la locura, los animales, los niños y el sexo escapan a la explicación y están envueltos en misterio.

Asimismo, el pueblo, los locos, son incapaces de acceder al misterio del mundo y a la esfera de las ideas. Sólo el gran hombre puede hacerlo, porque es la quintaesencia de las fuerzas eternas, el receptáculo de la energía del mundo, focaliza mejor, se abandona a lo que la naturaleza exige de él. La historia de un pueblo y de una nación se resume en la de estas individualidades de excepción.

Además, el trascendentalismo no es un ateísmo. Tampoco es exactamente un panteísmo, si bien esta fórmula parece aproximarse más a su esencia, que es un deísmo o un teísmo, aunque Emerson cree que la predestinación protestante es ley, que podemos abandonarnos sin miedo a lo que la naturaleza quiere de nosotros, pues será lo que Dios quiere de

nosotros, para nosotros. La confianza en uno mismo a la que invita es la confianza en Dios y en la naturaleza.

A ello hay que añadir que un ser auténtico resulta anticonformista: valiéndose de su confianza en sí mismo, no debe hacer caso del juicio del prójimo. No temerá lo que podría parecer una contradicción a los ojos del prójimo: Dios no sabría querer otra cosa que lo que debe ser querido.

En definitiva, dado que el mundo no es una sustancia, sino una representación, una suerte de proyección de Dios en el inconsciente, según Emerson hay que regocijarse por saberse parte de la Superalma que es Dios y saber que la contemplación de la naturaleza lleva a él.

Para terminar, Emerson no cree que la política pueda cambiar nada de lo que existe en el orden de las cosas. Así, pues, invita a que cada cual se encargue de trabajar sobre sí mismo y se convierta en su propio creador.

¿Thoreau es trascendentalista? Sí y no. Sí, porque cree en Dios, practica el conocimiento por empatía, detesta las masas y los grupos, no cree más que en la reforma individual, celebra y practica la confianza en uno mismo, preconiza y vive el inconformismo, practica la contemplación y el gozo místico, construye su vida filosófica a partir de sí.

Pero no si se lo compara con Emerson, que vive un trascendentalismo de despacho y de biblioteca. El autor de *Over-soul* [La superalma] hace de la naturaleza un medio para alcanzar un fin, el éxtasis de tipo plotiniano. Para Thoreau, por el contrario, la naturaleza es un fin en sí misma y no un medio para lograr algo más que ella. Emerson quiere salir espiritualmente del mundo y solicita a la naturaleza que le provea esa salida; Thoreau quiere quedarse en el mundo, quiere gozar de la naturaleza aquí y ahora, corporal y físicamente. Si hubiera que remitirse a dos grandes filósofos clásicos, Emerson es un platónico y Thoreau, un spinocista...

Thoreau afirma que Emerson sería totalmente incapaz de manejar la carretilla en el jardín; ve en esa incapacidad práctica del espíritu puro la prueba de una diferencia fundamental. Y, de hecho, es cierto: Emerson es un filósofo de estancia; Thoreau, un pensador de los campos. Al segundo nos lo imaginamos devorando crudo un pequeño mamífero, cosa que

hizo un día; al primero lo vemos más bien bebiendo té a sorbitos en el transcurso de una conversación de salón sobre la naturaleza...

El nombre de Thoreau está asociado a dos hechos que lo resumen bastante bien: una estancia en prisión y la vida en una cabaña. Así contadas, las cosas adquieren una dimensión importante: nos imaginamos la vida del rebelde entre rejas, la existencia del hombre inflexible obligado por el poder a pudrirse durante años en lo más hondo de una mazmorra, una suerte de compañero de viaje de Auguste Blanqui, que pasó casi toda la vida su la cárcel.

Del mismo modo, visualizamos al filósofo como un Diógenes estadounidense, viviendo en una choza en los bosques, tanto en invierno como en verano, comiendo bellotas, asando los peces que pesca y demás presas que caza con sus propias manos. Nos lo imaginamos gruñón y misántropo, sin recibir visitas, prefiriendo la compañía de los animales a la de los hombres.

No obstante, la biografía pone en su sitio estos clichés románticos... En efecto, Thoreau fue encarcelado en 1846 por haberse negado a pagar unos impuestos que servían para mantener el régimen esclavista, al que se oponía. Pero por ese delito pasó una noche en una pequeña dependencia municipal. El guarda, que lo conocía bien, quiso pagar por él. Thoreau se negó.

Fue liberado a la mañana siguiente porque un alma caritativa de su familia, probablemente su tía, pagó la deuda de forma anónima, algo contra lo que él no se rebeló. Arrestado por la policía la víspera, de camino al zapatero, fue a ver al artesano justo después de su liberación. Una vez recuperados sus zapatos, se marchó a coger arándanos.

En cuanto a la cabaña, efectivamente vivió en ella, pero de forma irregular entre el 4 de julio de 1845, día de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, y el 6 de septiembre de 1847. Es decir, unas vacaciones según su antojo durante veintiséis meses. Cada dos días iba caminando a visitar a los suyos, que estaban a pocos minutos, y se traía algo que comer y añadir al pescado del lago o la marmota del bosque.

En descargo de Thoreau, hay que decir que él no creó el mito ni lo alimentó. Nunca ocultó los datos biográficos. Incluso da los detalles de su vida en la cabaña.